

## **Editorial**

Uno de los grandes retos del milenio consiste en satisfacer las necesidades de alimentación de una población mundial en constante crecimiento, principalmente en los países más pobres que se debaten, además, en la búsqueda de diversas soluciones de bienestar que demoran en llegar. Dentro de este marco desalentador, la situación en nuestro continente americano es, sin lugar a dudas, altamente preocupante. Según las estadísticas, alrededor de 180 millones de habitantes tienen un ingreso inferior a los dos dólares diarios y, de esta población, 80 millones no llegan a percibir un dólar diario, con lo cual deben satisfacer sus necesidades primarias. En términos concretos, 180 millones de americanos viven por debajo de la línea de pobreza y 80 millones en la extrema pobreza.

Los gobiernos de los países pobres tratan afanosamente de obtener ayuda de los países más ricos. Sin embargo, toda la ayuda conseguida por distintos medios, alcanza tan sólo para mitigar el hambre del 40% de la población pobre y muchas veces aquellos que están debajo de la línea de extrema pobreza están tan desamparados que ni siquiera se enteran de que existen programas de ayuda alimentaria para ellos. Paradójicamente, la mayor parte de esta población en extrema pobreza reside en el área rural y la actividad principal se concentra en el cultivo de la tierra.

Frente a este panorama, aparece como obligación prioritaria de los gobiernos, a través de los organismos públicos y privados que laboran en el sector agrícola, el producir más alimentos, apelando a todos los recursos disponibles. Ello, entre otras decisiones políticas requiere aumentar significativamente la producción y productividad de los productos alimenticios más nutritivos. Uno de esos productos agrícolas que reviste primordial importancia es, sin lugar a dudas, la papa.

La tarea de mejorar la producción de alimentos en general, no solamente está basada en la provisión de nuevas variedades y en la lucha permanente contra las plagas y enfermedades, encontrando escapes o resistencia a factores adversos como las heladas y sequías, sino que también se sustenta en el manejo eficiente de todos los factores de la producción, facilitando el acceso de los agricultores a diferentes servicios, tales como créditos, servicios de apoyo para más eficiente manejo de plagas y enfermedades, análisis de suelos, riego tecnificado, mercadeo, conservación, industrialización, entre otros.

Especial atención merece la ayuda que se debe prestar a los pequeños productores, generalmente los más pobres entre los pobres, dejando de lado políticas asistencialistas que si bien pueden ser necesarias ocasionalmente, no deben convertirse en permanentes. Es verdad que resulta difícil encontrar medios suficientes para llegar a todos ellos. De allí que todos los gobiernos involucrados deberían, entre otras medidas, orientar sus esfuerzos a apoyar el fortalecimiento de las organizaciones agrícolas, conformando asociaciones por cultivos o crianzas. Con estas alianzas, que irán rompiendo el individualismo ancestral y aislamiento de los pequeños, y posibilitar el desarrollo de una economía de escala, facilitando la atención de créditos y otros servicios, y obteniendo mayor provecho de las actividades de capacitación y asistencia. Asimismo, la participación de agricultores asociados facilita la eficiencia y sostenibilidad de actividades de investigación y promoción, y la actividad agrícola encuentra motivaciones más poderosas para acometer, con menor riesgo, el desafío de incrementar significativamente la producción de alimentos.

La actividad agrícola debe ser para todos un negocio rentable, competitivo y sostenible, tanto en lo económico, social y ambiental, disminuyendo fundamentalmente el riesgo que frecuentemente constituye la parte más débil de la cadena productiva.

En este número de nuestra Revista ALAP, para intentar una mejor propuesta al panorama descrito anteriormente, hemos querido dar especial importancia a la investigación participativa y a la trascendencia de algunos servicios e insumos que es posible proporcionar al agricultor, entre ellos, la producción de semillas mejoradas, como apoyo para lograr una mayor productividad y beneficios a sus esfuerzos y contribuir así, en alguna medida, a disminuir la pobreza y sus efectos.

*Patricio Malagamba  
Comité Editorial  
Agosto 2001*